

“Recibid mis agradecimientos muy sinceros por la discrecion y la cordialidad con que habeis obrado en esta circunstancia tan delicada, y que, para mí, duplica el precio de este servicio.

“Vuestro muy adicto,

MAXIMILIANO.”

Este servicio * prestado á la corona mexicana, desagradó en Paris. El gabinete de las Tullerías no aprobó este acto del mariscal Bazaine, y le dió la instruccion de que no consintiese en que se hiciera préstamo alguno al tesoro mexicano. La caida del imperio no era, pues, dudosa; comenzaba su agonía.

* El Cuerpo Legislativo aprobó mas tarde este gasto.

VII.

El mariscal no habia podido, sin embargo, permanecer sordo al grito de angustia del gobierno mexicano; porque su última súplica habia sido conmovedora. El presidente del consejo, Lacunza, uno de los mexicanos mas ilustrados, y un ciudadano realmente consagrado á su país, habia reclamado el socorro de la Francia en una carta muy patética, para que la pasemos en silencio. Este documento, lleno de revelaciones sobre la política del gabinete francés, marcará la fecha de una de las dolorosas estaciones de ese imperio creado por nuestras manos, y que marchaba hácia el precipicio ahondado por la intervencion.

“México, 28 de Abril de 1866.

“A su Exelencia el Sr. mariscal Bazaine.

“Muy estimado mariscal.

“Ayer he tenido el honor de haceros una visita, y ya sabeis que esa visita tenia por principal objeto manifestar á V. E. la irresistible necesidad que hay de continuar haciendo al tesoro mexicano los anticipos de dinero que le ha hecho durante los últimos meses el tesoro francés. Ahora

deseo repetir á V. E. mis mas urgentes instancias sobre el mismo objeto, y repetirle la esposicion de las circunstancias en que nos encontramos, y los resultados que debemos esperar si no salimos de ella prontamente.

“Encargado desde hace pocos dias de los negocios de hacienda, puedo decir las cosas tales como son, puesto que en nada tocan á mi responsabilidad: y en esto, nada nuevo digo á V. E. que todo lo conoce tan bien. Tan franca esposicion, le permitirá esclamar: “este hombre dice la verdad.”

“La situacion militar, bajo el punto de vista financiero, es bien sabida de V. E. En el Norte, la division Mejía vive penosamente, consumiendo los débiles recursos de la localidad en que se encuentra, imponiendo préstamos casi forzados, y girando además, sobre Veracruz, sumas importantes.

“En el mismo Norte, las tropas que manda Quiroga, materialmente no tienen víveres, y este gefe se vé obligado á hacer pagar adelantadas las contribuciones de todo un año; y apesar de esto, exige préstamos y coloca á los ciudadanos que residen adonde él se encuentra, en la necesidad de emigrar para no ser víctimas de sus vejaciones.

“En el Sur, las tropas que están á las órdenes de Franco, no pueden salir al encuentro de los enemigos que las amenazan, porque el sueldo diario del soldado no es seguro, y porque no hay forraje para los caballos.

“En el centro del imperio, por causas iguales, ha perdido Florentino López tantos dias para moverse y salir de San Luis.

“Se debe á las tropas austro-belgas, casi medio millon de pesos; y antes que V. E. hubiera dispuesto que se les pagara por el tesoro francés, habian gastado hasta el último centavo, y habian consumido todas las provisiones de sus plazas de guerra.

“Es inútil continuar mas allá el triste cuadro de la penu-

ria de nuestros recursos bajo el punto de vista militar; V. E. lo conoce, y cuando me ha pedido que se ministre algo á algunos cuerpos del ejército mexicano, he tenido que contestarle que era imposible hacerlo.

“Sin embargo, ¿qué pasa en la caja central de México? Hay allí diversos libramientos contra ella, cuya suma total monta casi á trescientos mil pesos que no pueden pagarse, ni hay esperanza de hacerlo; hay exigencias muy urgentes, á las que no se les puede hacer frente: hay en fin, que á las tropas de la guarnicion se les deben *casi dos meses de sueldo*.

“Las instrucciones que V. E. ha recibido, previenen que no se haga anticipo alguno á México. Pero estas instrucciones se encuentran en oposicion directa con las intenciones amistosas y con la política misma del emperador.

“¿Hay un remedio para esta situacion? Ciertamente que lo hay, y no soy yo quien lo afirma, sino M. Langlais que lo ha dicho, él, que poseia la enterá confianza de la Francia, y que ciertamente era digno de ella.

“¿Cuál es ese remedio? Consiste en un nuevo sistema hacendario, en el cual disminuyan los egresos y aumenten los ingresos. Este sistema está proyectado, casi redactado, y puesto en planta en su mayor parte.

“Todos los gastos se han reducido á su mínimun, comenzando por la lista civil del emperador. S. M. se conforma con la tercera parte de la lista asignada, hace medio siglo casi, al emperador Iturbide. Como V. E. sabe, se trabaja en el nuevo orden que debe exijirse en las rentas públicas, y del cual se aguarda un aumento notable en los productos, y además, se preparan nuevos impuestos, de los cuales ya algunos se han puesto en práctica, como, por ejemplo, en las aduanas marítimas.

“Pero no es dado al hombre retardar ni acelerar la marcha del tiempo, y en esto consiste el elemento de todo bien ó progreso. Para que los nuevos proyectos den los resul-

tados que estoy cierto no defraudarán nuestras esperanzas, se necesita indispensablemente cierto período de tiempo para su aplicacion.

“Es preciso contar con algo durante este período de transicion. No pudiendo ser aún con los nuevos recursos, es necesario que sea la Francia la que nos los suministre. Esta verdad tambien fué reconocida y practicada por M. Langlais.

“Cuando acaeció su muerte, tan sentida, quedaron por un momento suspensos los recursos materiales, y el gobierno tuvo que sufrir la ley que le impusieron los capitalistas á quienes se dirigió. No ignora V. E. lo que sobrevino: negocios ruinosos bajo todos aspectos, tales como se hacen bajo la presion de la necesidad, dieron al gobierno recursos que le duraron ocho dias, y lo desacreditaron por un tiempo mayor, obligándolo á emplear, para reembolsar las cantidades que le habian anticipado, hasta una parte de las rentas marítimas, y con las cuales debia pagar préstamos esteriores.

“Tal es el resultado producido por la retirada de la cooperacion francesa antes del tiempo debido.

“Diré algunas palabras de mas sobre estos resultados. V. E. comprenderá que el hecho de que una gran parte de los mexicanos hayan aceptado la intervencion francesa, de que hayan igualmente aceptado el imperio y lo sostengan hoy, *apesar de los principios republicanos que profesan desde su infancia*, constituye un argumento poderoso; porque á la idea de intervencion y de imperio, se unia la de buena fé, orden, fidelidad al gobierno, y por consiguiente, á la idea de independencia de la raza latina en el Nuevo-Mundo. Tal ha sido, al menos, la manera como se ha comprendido aquí la mas grande concepcion del emperador Napoleon.

“Hasta hoy, el imperio y la intervencion han representado un papel satisfactorio. Los desórdenes en el ramo de

Hacienda (que es de lo que nos ocupamos por el momento) habian desaparecido, los pagos se hacian con puntualidad, las rentas no estaban espuestas ya á las especulaciones del agiotaje, y los empréstitos suscritos en Europa presentaban una forma regular. Si despues de haber agotado los recursos producidos por esos empréstitos, como ha sucedido, el emperador se vé obligado á no pagar en lo sucesivo los gastos, y entrar al sendero del desórden antiguo, todo el bien producido por el nuevo sistema, y todas las esperanzas concebidas serán problemáticas. Se obtendrá el resultado final, pero los sacrificios y los nuevos gastos que exija, se prolongarán y se multiplicarán de tal manera, que nadie pueda preveerlos hoy.

“La alternativa para V. E. es, pues, esta: ó bien imponer hoy al tesoro francés una carga lijera para terminar la obra emprendida por el emperador Napoleon, la cual es grande y útil en sí misma: ó bien abstenerse de hacerlo é imponer por consiguiente á ese mismo tesoro francés, gastos y sacrificios mucho mayores.

“No puede abandonarse la empresa: ¿V. E. la terminará á poca costa? O bien, dejará á su gobierno la tarea de terminarla á costa de sacrificios inmensos?

“Tal es la cuestion, señor mariscal, que somete á V. E. vuestro sincero y adicto amigo

J. M. A. DE LACUNZA.”

Dos dias despues del envío de este documento, que revelaba las angustias de Maximiliano, se habia reunido el consejo en el palacio imperial. Habian sido convocados á él, el general en jefe, M. Dano y M. de Maintenant, inspector de hacienda, delegado en México por la Francia. El emperador estaba rodeado por los ministros de la corona: la escena estaba llena de tristeza. El Sr. de Lacunza reclamaba netamente de nuestro tesoro un préstamo mensual de cinco

millones. Los representantes de nuestro gobierno, en virtud de las instrucciones que se les habian dirigido, se habian negado á conceder lo pedido.

Entónces el emperador lanzándose á la discusion exclamó:

—“Haciendo abstraccion de todos los detalles, la cuestion puede reasumirse en pocas palabras: “*la bancarrota del tesoro ó la esperanza de salvarlo.*” Si las personas que representan á la Francia en esta reunion no quieren aceptar la responsabilidad de haber gastado algunos millones, aceptarán la de haber dejado venir la bancarrota, lo cual sin duda no entra en los deseos del emperador Napoleon, que siempre se ha mostrado el amigo del imperio.”

El mariscal concedió la mitad del préstamo pedido por Maximiliano. Ya se ha visto qué recepcion aguardaba en Paris á la iniciativa del general en jefe. ¿Por qué, pues, las cartas del emperador Napoleon á Maximiliano, que contenian sin cesar promesas directas de un concurso eficaz, eran constantemente precedidas ó seguidas de órdenes emanadas de sus ministros, prohibiendo á los agentes franceses que hiciesen anticipos en dinero? ¿Por qué no se aprobaba lo hecho por el mariscal? Este último acto de la política francesa, que marcaba públicamente un término al período de nuestros sacrificios financieros, hizo una gran sensacion tanto en México como en ambos mundos: porque esta denegacion de subsidios no era sino un acto precursor de la evacuacion por nuestro ejército expedicionario. El gobierno de Napoleon III comenzaba á recoger los frutos de su política aventurera. En lo de adelante, la mira del gabinete de Washington era la humillacion de nuestro amor propio nacional, por el derrumbamiento del trono mexicano. La Casa Blanca no habia podido olvidar que hacia poco la Francia habia reconocido como beligerantes á los rebeldes del Sur, los cuales estaban impacientes por destruir el régimen republicano, para inaugurar una dictadura militar, cu-

yo futuro jefe, un célebre general confederado, habia iniciado negociaciones en México mismo.

Hoy que los yankees triunfaban de los separatistas, estaban resueltos á hacer pagar muy cara á nuestro país y á Maximiliano, una intervencion imprudente en la república vecina. Era necesario confesar que la hora estaba bien escogida por el tenaz sub-secretario de Estado, M. Seward. La opinion pública en Francia, estraviada un momento por las pomposas declaraciones de nuestros ministros, encargados de arrastrar á los crédulos suscritores hácia los dos empréstitos mexicanos,* se habia ilustrado poco á poco sobre la verdadera situacion política y militar del nuevo imperio. Si cada correo trasatlántico llevaba á Saint-Nazaire la noticia de los triunfos alcanzados por nuestras tropas, tambien se sabia, por medio de las correspondencias privadas, que los juaristas, favorecidos por la complicidad de los Estados-Unidos y por la proximidad de complicaciones amenazadoras en Europa, no se dejaban abatir por las derrotas que les daban nuestros soldados, y reconquistaban sin trabajo las porciones del territorio confiadas solo á la defensa de las fuerzas imperialistas.

Por otra parte, nuestro gobierno, inquieto ya con las eventualidades del conflicto aleman, sentia estar privado del concurso de 30,000 hombres aguerridos y empeñados mas allá de los mares: pero suponemos con fundamento que era su intencion mantener en México ese cuerpo de ejército por un tiempo indeterminado. Además, se veia molestado en el interior por las manifestaciones de la tribuna y de la prensa, que pedian que se pusiese un término á esa empresa estéril. Entónces fué cuando los Estados-Unidos, siendo su órgano M. Seward, hicieron oír su voz imperiosa en

* Es importante indicar aquí, que á pesar de que esos empréstitos fueron calurosamente recomendados en México, ni una familia, ni una casa de comercio del país quisieron suscribirse á él: en una palabra, no ha podido colocarse ni una sola obligacion, ni entre los mismos imperialistas. ¡Los mexicanos fueron mas bien inspirados que nuestros compatriotas!—(N. del A.)

el gabinete de las Tullerías. En 1864, este ministro extranjero se había limitado á afirmar á M. Drouyn de Lhuys, "que el sentimiento unánime del pueblo americano se oponía al reconocimiento de una monarquía en México." Pero ahora, mas audaz, atacaba directamente á la misma intervencion francesa, haciéndole comprender que la prolongacion de una ocupacion armada estaba preñada de peligros.

En efecto, el 6 de Diciembre de 1865, se había dirigido al marqués de Montholon, ministro de Francia, una nota emanada del departamento de Estado de Washington. En ella se esplayaban, á propósito de México, las tendencias de la política de los Estados-Unidos en lo que concernia al continente americano. Esta nota, comunicada al palacio de las Tullerías, se había meditado allí, causando una profunda sensacion. El 9 de Enero de 1866 nuestro ministro de relaciones exteriores se apresuraba á enviar á su representante la respuesta á la comunicacion de M. Seward. El gobierno francés anunciaba "que estaba dispuesto á apresurar, tanto como fuese posible, la salida de las tropas de México." Siete dias despues marchaba en el packett el baron Saillad llevando instrucciones confidenciales para México.

No contento con esta primera victoria, el presidente Johnson disponia el envío á la legacion francesa de una segunda nota diplomática, mas exigente aún, fechada el 12 de Febrero. Despues de tomar nota de la llamada de nuestras tropas, poniéndolo como base, pedia que se fijase una fecha precisa que calmase las susceptibilidades de sus ciudadanos. Como se vé, Maximiliano, sacrificado bruscamente, se encontraba en lo adelante á la merced del capricho de la Union, dueña de la política francesa en el continente americano. Este segundo documento diplomático, en el cual M. Seward discutia en quince páginas con una

lógica inexorable los argumentos dilatorios de M. Drouyn de Lhuys, no dejaba puerta alguna abierta para los aplazamientos calculados ó imprevistos: su fondo y su forma son bastante curiosos, y deben estudiarse bajo el punto de vista de los acontecimientos que van á desarrollarse, por lo cual es preciso reproducir aquí algunas de sus páginas mas instructivas. La luz que salte de ellas bastará para iluminar toda la escena.

Nota de M. Seward al marqués de Montholon, ministro de Francia.

Washington, 12 de Febrero de 1862.

" Señor:

" El 6 de Diciembre he tenido el honor de dirigiros, *para que se informe el emperador*, una comunicacion escrita con motivo de los negocios de México en tanto que los afecta la presencia de fuerzas armadas de la Francia en aquel país.

.....

" M. Drouyn de Lhuys nos asegura que el gobierno francés está dispuesto á apresurar, tanto como sea posible, la salida de sus tropas de México. Recibimos esta notificacion como una promesa eventual de ahorrar en lo sucesivo á nuestro gobierno las aprehensiones y la inquietud, sobre las cuales insistia yo en la comunicacion que M. Drouyn de Lhuys ha tenido que analizar.

.....

" Siempre es de mi deber sostener que, cualesquiera que fuesen la intencion, el objeto y los motivos de la Francia, los medios adoptados por cierta clase de mexicanos para echar al suelo al gobierno republicano de su país, y aprovecharse de la intervencion francesa con objeto de establecer una monarquía imperial sobre las ruinas de aquel gobierno, lo han sido, á juicio de los Estados-Unidos, sin la aprobacion

del pueblo mexicano, y se han puesto en ejecucion contra su voluntad y su opinion.

“Los Estados- Unidos no han visto ninguna prueba satisfactoria de que el pueblo mexicano haya establecido ó aceptado el pretendido imperio que se sostiene haber fundado en la capital. Como lo he hecho notar en otras ocasiones, los Estados- Unidos son de opinion, que semejante aceptacion no puede ser libremente obtenida ni aceptada como legítima en ninguna época en presencia de la invasion del ejército francés. Les parece necesaria la retirada de las tropas francesas para permitir á México que recurra á una manifestacion de esta naturaleza. Sin duda que el Emperador de los franceses tiene fundamentos al definir el punto de vista bajo el cual debe resolverse la situacion de aquel país: pero no por eso deja de ser el de la Union aquel bajo el cual yo lo presento. La Union no reconoce, pues, ni debe continuar reconociendo en México, sino á la antigua república, y en ningun caso puede consentir en comprometerse á lo que implicaria, ya directa ya indirectamente tener relaciones con el príncipe Maximiliano, instituido en México, ó reconocer á este príncipe.

“Así llegamos á la cuestion aislada que tenia por objeto mi comunicacion de 6 de Diciembre último, á saber: la oportunidad de terminar un debate cuya prolongacion debe perjudicar incesantemente á la armonía y amistad que siempre han reinado hasta hoy entre los Estados- Unidos y la Francia. Los Estados- Unidos se contentan con esponer á la Francia las exigencias de una situacion embarazosa para México, y expresar la esperanza de que encontrará algun medio, compatible á la vez con su interés y su dignidad, y con los principios y el interés de los Estados- Unidos, para resolver sin demora esta perjudicial situacion.

“Nos atenemos á nuestro juicio, que la guerra de que se trata se ha convertido en una guerra política entre la Francia y la República de México, perjudicial y peligrosa para los Estados- Unidos y para la causa republicana, y solo bajo este aspecto y con este carácter es como pedimos su terminacion.

“Vemos que el Emperador nos ha anunciado su intencion inmediata de hacer cesar el servicio de sus tropas en México, llamándolas á Francia, y limitándose fielmente *sin ninguna estipulacion ni condicion de nuestra parte*, al principio de no intervencion, sobre el cual estará en lo de adelante de acuerdo con los Estados- Unidos.

“Agregaré á estas esplicaciones que, en opinion del Presidente, la Francia *no puede retardar un instante* la retirada prometida de sus fuerzas militares de México.

“Esceptuando el punto hácia el cual no ha dejado de concentrarse nuestra atencion, á saber: que terminen las dificultades que tenemos en México sin que se interrumpan nuestras relaciones con la Francia, quedaremos complacidos cuando el Emperador nos dé, ya por vuestro estimable conducto, ya por cualquiera otro, el aviso definitivo de la época á la cual se podrá contar que terminarán las operaciones militares de la Francia en México.

W. H. SEWARD.”

La aspereza de este mensaje del Norte era estraña; pero era la consecuencia inevitable de nuestra política de intervencion. Desde aquel momento los papeles quedaban invertidos: la Union mandaba. Antes la Francia era la que decia altivamente por boca de Drouyn de Lhuys en Abril de 1864, á M. Dayton, el representante de América en Paris: “*Nos traeis la paz ó la guerra?*” contestando así á la

resolucion del congreso que habia votado por unanimidad contra el establecimiento de una monarquía en México.

Quedaba inaugurada la série de las humillaciones, y desde fines de 1865 Maximiliano fué sacrificado en secreto. Este príncipe, á quien una imprudente ambicion habia impulsado hácia la costa de Veracruz, iba á caer como la victima de las debilidades de nuestro gobierno dejándose dictar su conducta por la arrogancia americana. ¿Pues qué, realmente, ántes de empeñarse en tan peligrosos azares, no se habia podido preveer fácilmente esta actitud de los Estados-Unidos? ¿Necesitaban acaso nuestros hombres de Estado una prevision tan rara para descubrir en el horizonte la sombra gigantesca de la república del Norte, proyectándose hasta la frontera del Rio-Bravo, y pronta á aparecer en la escena cuando llegase su hora? Si se sabia que habia de ser preciso resignarse á ceder el puesto, que era lo que la prudencia aconsejaba á tan gran distancia de la madre patria, era un acto de caridad arrastrar al archiduque á una pérdida cierta? Por otra parte, y esto no era lo ménos grave, una retirada muy brusca debia herir á nuestras tropas en su dignidad nacional; porque no se podia aguardar ver á nuestros regimientos evacuar sucesivamente, con la arma al brazo, los centros que ocupaban, sin conmoveerse al calcular las represalias que las familias comprometidas del país podrian sufrir de parte de los liberales vencedores, y sin quejarse al tener que retroceder ante las bravatas de los americanos; esto era, digámoslo altamente, abrir á nuestros soldados una mala escuela de guerra, adonde el espíritu de discusion de los actos del superior, subordinado á una política humilde, debia debilitar forzosamente la admirable disciplina de nuestro ejército, pronto á irritarse con razon contra lo que le parece equívoco.

Se comprenderá, pues, cuán difícil era el papel que iba á tocar al general en gefé, fatalmente colocado entre el cum-

plimiento de las órdenes de su soberano, al cual un soldado no podia sustraerse sin faltar á su honor, y el doloroso espectáculo de un trono roto por el brusco giro de la política francesa, intimidada y apresurando ella misma la destruccion de su propia obra. No se ocultaba al mariscal que iba á entrar á un camino erizado de dificultades, lleno de dolores, en el cual el sentimiento del deber y la seguridad del cuerpo expedicionario, descontento con razon de su actitud pasiva, tenian que conciliarse con las consideraciones debidas á un gran infortunio exasperado por nuestra repentina defeccion.